

riscas Ney y Soult, y su izquierda mandada por los mariscales Lannes y Augereau tuviesen tiempo de atravesar los desfiladeros y situarse sobre sus alas en orden de batalla. Según lo que él mismo veía, conforme con lo que le contaban sus espías que habían encontrado el país todo lleno de columnas destacadas, juzgaba haber sorprendido al enemigo en un movimiento de concentración, y que por lo tanto iba á causarle una turbación grande. Por los partes que del ala derecha le mandaban los mariscales Soult y Ney, veía que aquéllos no descubrirían más fuerzas enemigas que unos cuantos destacamentos de caballería que evitaban su encuentro; por el contrario, las noticias de la izquierda hacían mención de un cuerpo acampado en Saalfeld adonde el mariscal Lannes debía llegar al día siguiente por la mañana. Deducía de aquí Napoleón que el enemigo se replegaba hacia el Saale dejando expedito el camino real de Dresde, y estaba resuelto, no precisamente á ocuparlo antes de batir á los prusianos, pero sí á intentar esto último sin demora, ya se dirigiesen á su encuentro para atarle el camino, ya fuera menester ir á buscarlos detrás de las escarpadas orillas del Saale (1).

(1) Reproducimos la siguiente carta que revela cuál era entonces el pensamiento de Napoleón.

*Al mariscal Soult, en Plauen.*

Obersdorf, 10 de octubre de 1806, á las ocho de la mañana.

Ayer derrotamos á los ocho mil hombres que se habían retirado de Hof á Schleitz, donde esperaban por la noche recibir refuerzos. Su caballería ha sido acuchillada dejando un coronel prisionero. En el campo de batalla se han encontrado más de dos mil fusiles y gorras. La infantería prusiana ha huido, y sólo hemos hecho doscientos ó trescientos prisioneros por ser de noche y haberse diseminado por los bosques. Esta mañana espero aumentar su número. El proyecto del enemigo me parece bastante claro: entiendo que los prusianos se proponían atacar; que su izquierda asomará mañana por Jena, Saalfeld y Coburgo; que el príncipe de Hohenlohe tenía su cuartel general en Jena y el príncipe Luis en Saalfeld. La otra columna asomará por Meiningen sobre Fulda; de modo que me inclino á creer que no tendrá usted por ahora encuentro alguno hasta Dresde. Si puede usted destruirles alguna fuerza no deje de hacerlo. Mi plan para hoy, no pudiendo marchar y teniendo mucho que hacer hacia atrás, se limita á adelantar mi vanguardia en la dirección de Auma. He reconocido un excelente campo de batalla más allá de Schleitz para ochenta ó cien mil hombres. Envío al mariscal Ney á Tanna; permanecerá á dos leguas de Schleitz, y usted mismo podrá en caso necesario venir desde Plauen en veinticuatro horas.

El día 5 hizo también el ejército prusiano un movimiento hacia la Turingia, por lo cual creo que está atrasado de muchos días. Mi reunión con mi izquierda no se ha verificado aún más que en pequeños destacamentos de caballería que nada significan.

El mariscal Lannes no llega á Saalfeld hasta hoy, á menos que el enemigo lo ocupe con fuerzas considerables.

Perderemos por lo tanto en avanzar los días 10 y 11. Si mi reunión se verifica, me adelantará hasta Neustadt y Triplitz, después de lo cual, haga lo que quiera el enemigo; si me acomete lo celebraré, y si se deja acometer no dejaré por mi parte de caerle encima. Si retrocede por Magdeburgo, llegará usted á Dresde antes que él. Deseo mucho una batalla. Si el enemigo se decide á atacarme será porque confía mucho en sus fuerzas; esto es muy probable, pero también es lo que yo más deseo. Concluído el combate yo llegaré antes que él á Dresde y á Berlín.

Espero con impaciencia mi guardia de caballería, porque no son de despreciar aquellas cuarenta piezas de artillería y aquellos tres mil caballos. Ya sabe usted mis proyectos actuales para hoy y mañana. Usted puede obrar como crea conveniente; pero proporciónese usted pan para no carecer de él en varios días si decide reunirse conmigo. Si encuentra usted algo que hacer contra el enemigo á una jornada de distancia, obre usted decididamente. Esta-

El príncipe de Hohenlohe, siempre persuadido de que sólo él había adivinado los proyectos de Napoleón, y que él sólo había imaginado el verdadero modo de frustrarlos con su proposición de anticiparse por los desfiladeros de la Franconia, fluctuaba entre los más opuestos pensamientos; tan pronto se inclinaba á cumplir las órdenes del duque de Brunswick y á repasar el Saale, como formaba la disparatada resolución de encaminarse hacia Mittel-Pollnitz para presentar allí batalla, y de este modo daba órdenes y contraórdenes continuas que desesperaban á sus tropas poco hechas á caminar, mal abastecidas y cargadas de bagajes. En esta fluctuación, impaciente el príncipe Luis de tener un encuentro con los franceses, y queriendo á toda costa formar la vanguardia del ejército prusiano, había conseguido que le dejasen permanecer en Saalfeld, donde se hallaba aún el 10 de octubre por la mañana.

Hacia este punto era adonde debía marchar la columna francesa de la izquierda así que hubiese salido de Grafenthal. Al llegar Lannes el día 9 á este punto con la cabeza de dicha columna, se encaminó hacia Saalfeld al día siguiente de madrugada, llegando allí temprano. Las enmarañadas colinas que estrechan por lo común la corriente del Saale se apartan en aquel punto de su cauce, formando una llanura pantanosa en la cual se eleva el pueblo de Saalfeld con su cinto de muros asentado á la orilla misma del río. Al llegar á los contornos de aquellas eminencias desde donde se domina la población, divisó Lannes al otro lado de la misma el cuerpo del príncipe Luis, que se componía de siete mil infantes y dos mil jinetes, ocupando una posición muy poco militar. Su izquierda, toda de infantería, se apoyaba en la población y en el río; su derecha, toda de caballería, se extendía por la llanura. Dominado al frente por el círculo de colinas, desde donde la artillería francesa podía acribillarle, tenía á sus espaldas el pantanoso arroyo del Schwartz, que se vierte en el Saale por debajo de Saalfeld y que es muy difícil de atravesar. Su retirada, pues, estaba mal calculada. Si hubiera sido capaz de más prudencia y le hubieran comprometido menos á mostrarse temerario sus anteriores bravatas, se hubiera retirado más que de paso por el Saale abajo hasta llegar á Rudolstadt ó á Jena; pero desgraciadamente ni su carácter ni el papel que hacía le permitían retroceder al primer encuentro de los franceses. No tenía Lannes para maniobrar ni el cuerpo de Augereau que con él formaba la columna de la izquierda, ni siquiera su propio cuerpo completo;

blezca usted pequeños destacamentos de caballería apostados para mantener una rápida correspondencia entre Schleitz y Plauen. Hasta ahora me parece que la campaña empieza bajo los más felices auspicios.

Le hago á usted en Plauen; es muy conveniente que se apodere usted de esa población.

Dígame usted si cree temer algún amago; de las fuerzas que estaban en Hof no se ha retirado parte ninguna por Dresde.

P. D. Acabo de recibir su comunicación de usted del 9 á las seis de la tarde, y apruebo todas sus disposiciones. La noticia de haberse retirado á Jena los mil caballos que estaban en Plauen, me hace creer sin duda alguna que aquel es el punto de reunión del ejército enemigo. Dudo que pueda reunirse todo entero antes que yo llegue. Por lo demás, en todo el día de hoy recibiré más noticias, y podrá formar ideas más exactas. Estando usted mismo en Plauen, podrá también adquirirlas por medio de las cartas interceptadas. (N. del A.)

estaba reducido simplemente á la división de Suchet y á dos regimientos de caballería ligera, que eran el 9.º y 10.º de húsares; pero no por eso dejó de emprender inmediatamente el ataque. Dispuso desde luego su artillería en las alturas que dominaban la línea de batalla del príncipe Luis, rompió contra ella un impetuoso fuego de cañón, y después lanzó sobre su izquierda una parte de la división de Suchet con orden de marchar á lo largo de los bosques que coronaban las alturas y de envolver el ala derecha del príncipe cayendo sobre las orillas del Schwartz.

Este movimiento duró pocos instantes; mientras la artillería situada en batería al frente de los prusianos atraía su atención causándoles una mortandad considerable, nuestros fusileros, deslizándose por los bosques, rompían sobre sus espaldas un fuego imprevisto, certero y mortífero. Lannes entonces mandó bajar á la llanura su infantería en masa para embestir á la infantería enemiga. En semejante posición, aunque el príncipe Luis hubiese tenido en el arte de la guerra la experiencia de que carecía, no podía tomar ningún mediano partido; empezó por dirigirse hacia su infantería para contrarrestar el ímpetu de la división de Suchet; pero después de repetidos esfuerzos de valor, dignos de mejor empleo, vió sus batallones rotos y confusamente repelidos bajo los muros de Saalfeld. No sabiendo cómo recobrar, corrió hacia su caballería para dar una carga contra los dos regimientos de húsares que habían seguido el movimiento de nuestros fusileros; en efecto, los acometió con ímpetu, y logró de pronto repelerlos; pero rehechos ambos regimientos y vigorosamente lanzados á la carga á su vez, rompieron su numerosa caballería, y con tal ardor la persiguieron, que reducida á la imposibilidad de poder volver á formar, se arrojó confusamente á los pantanos de la Schwartz.

El príncipe, revestido con un lujoso uniforme, ostentando todas sus condecoraciones, se conducía en la refriega con el valor propio de su carácter y de su cuna. Dos de sus edecanes se dejaron matar á su lado; pero rodeado en breve, al querer ponerse en cobro, su caballo se detuvo delante de una valla sin poder pasar adelante. Un cuartel-maestre del 10.º de húsares, creyendo habérselas solamente con un oficial de graduación superior y no con un príncipe de sangre real, corrió á él gritando:—¡General, rendíos!—El príncipe respondió á esta intimación con un sablazo, y entonces el cuartel-maestre dándole una estocada en medio del pecho, le derribó muerto de su caballo. Rodearon el cuerpo del príncipe, que fué al punto reconocido, y lo depositaron con todos los miramientos debidos á su clase y á su infortunio en el pueblo de Saalfeld. Las tropas prusianas y sajonas, porque de ambas había en aquel campo de batalla, sin jefe ya y encerradas en un acuchilladero, escaparon como mejor pudieron, dejándonos veinte bocas de fuego, cuatrocientos muertos ó heridos, y unos mil prisioneros.

Así empezó aquella campaña. Los primeros golpes de la guerra, como dijo al siguiente día Napoleón en el boletín diario, acababan de matar á uno de sus autores. Tan próximos estaban unos á otros, que Napoleón oía desde Schleitz los cañonazos de Saalfeld; el príncipe de Hohenlohe los oía también desde las altu-

ras de Mittel-Pollnitz, y hacia Jena se percibían claramente sus lejanos estampidos en toda la línea que ocupaba el grande ejército prusiano. Todas las personas sensatas que había en sus filas los temían como un agüero de trágicos sucesos. Calculando Napoleón el punto de donde partían aquellas detonaciones, envió un refuerzo á Lannes y despachó multitud de oficiales en busca de noticias. Por su parte el príncipe de Hohenlohe giraba de una parte á otra á caballo, sin dar órdenes, é interrogando á cuantos iban y venían sobre lo que estaba pasando. ¡Triste espectáculo el que formaba tanta incapacidad é imprudencia luchando contra tanta actividad y genio!

Algunas horas después los fugitivos contaban á los dos ejércitos el resultado del primer encuentro y el trágico fin del príncipe Luis, muy digno por cierto de su vida bajo el doble aspecto de su imprudencia y de su valor. Ya podían los prusianos conocer lo que habían de esperar de su profunda táctica contra el modo de proceder práctico, rápido y sencillo de los generales franceses. Cundió la consternación desde Saalfeld á Jena y á Weimar. El príncipe de Hohenlohe, informado ya por sus propios ojos del desaliento que se había apoderado de las tropas del general Tauenzien, y preocupado con el triste suceso de Saalfeld, se dirigió personalmente á Jena y mandó circular en todas direcciones la orden de retroceder hacia el Saale para protegerse con aquel río, si ya no era imposible llegar á él con tiempo después de tantos movimientos contradictorios. Era esta la tercera contraorden dada á aquellos infelices que ya no sabían lo que se quería de ellos, y que no estaban acostumbrados como los franceses á hacer en un día varias jornadas y á vivir de lo que podían proporcionarse en su marcha. Varios fugitivos del cuerpo derrotado en Saalfeld fueron capturados por los fusileros franceses, corriendo hacia Jena y disparando al aire como soldados desbandados. Su aspecto causó un terror indecible entre las tropas que hacia aquel punto marchaban y entre los numerosos conductores de bagajes; todos emprendieron una desordenada fuga y dieron en precipitarse hacia los puentes del Saale, y de aquí por las calles de Jena, de modo que en pocos instantes fué todo confusión, triste presagio de los acontecimientos que iban á ocurrir.

Instruído Napoleón del combate de Saalfeld, y deseoso de traer pronto sus alas hacia su centro á medida que iba saliendo de los desfiladeros por donde había penetrado en Sajonia, mandó á Lannes que en vez de seguir el Saale corriente abajo, lo cual los hubiera desviado mucho entre sí acercándole demasiado al enemigo, hiciese un movimiento por la derecha y se encaminase por Posneck y Neustadt hacia Auma, donde estaba situado el cuartel general. Augereau debía llenar el hueco que quedaba entre el Saale y el cuerpo de Lannes. Mandando hacer á su derecha un movimiento igual de concentración, dirigió Napoleón al mariscal Soult sobre Weida y Gera á lo largo del Elster, y llamó al mariscal Ney para ocupar á Auma así que lo dejase el cuartel general. De este modo reunía á su disposición ciento setenta mil hombres sin salir de la distancia de siete á ocho leguas, con posibilidad de reunir hasta cien mil en unas cuantas horas, y al mismo tiempo de irse concentrando adelantaba y se disponía

á atravesar el Saale si era menester forzar la posición que en él ocupaba el enemigo, ó bien á tomar el Elba caso de tenerle que esperar allí. Por lo demás no había hecho sino cuatro ó cinco leguas por día, para dar tiempo á sus cuerpos de reunirse, pues sus reservas, y principalmente la artillería y caballería de la guardia, así como sus batallones selectos, estaban aún rezagadas. Aunque sabía por los dos combates de los días anteriores el concepto que debía formar de las tropas prusianas, procedía con la prudencia peculiar de los grandes capitanes ante un ejército que hubiera podido oponerle de ciento treinta á ciento cuarenta mil hombres reunidos en masa. El día 12 por la noche salió de Auma encaminándose á Gera.

La caballería, circulando en todos sentidos por entre las columnas de bagajes de los malhadados sajones, hacía rico botín; hubo ocasión de apoderarse de quinientos carros con una sola escaramuza, y llegó á escribir Napoleón que su caballería estaba *repleta de oro*. Finalmente, las cartas interceptadas y los informes de los espías empezaban á concordar y á pintar al ejército prusiano como dispuesto á cambiar de posición, y avanzando de Erfurt á Weimar para aproximarse á las orillas del Saale. Dos intenciones podían conducirlo; ó bien ocupar el puente del Saale en Naumburgo, por donde pasa la carretera central de Alemania, para replegarse sobre el Elba protegiendo á Lipsia y á Dresde, ó bien aproximarse á la corriente del Saale para defender á todo trance sus orillas contra los franceses. Partiendo de estas dos eventualidades, Napoleón tomó por de pronto la precaución de dirigir inmediatamente al mariscal Davout sobre Naumburgo, con orden de cerrar su puente con los veintiséis mil hombres del tercer cuerpo. Envió á Murat con la caballería por las riberas del Saale á vigilar su corriente y llevar sus reconocimientos hasta Lipsia. Encaminó al mariscal Bernadotte sobre Naumburgo, para sostener al mariscal Davout en caso necesario, y envió á Jena los mariscales Lannes y Augereau. Era su intento apoderarse sin perder el tiempo de los dos pasos principales del Saale, el de Naumburgo y el de Jena, ya para detener en ellos al ejército prusiano, caso de quererlos atravesar y replegarse hacia el Elba, ya para irlo á buscar á las alturas que dominan aquel río, caso de querer permanecer en ellas en la defensiva. Por su parte se mantuvo con los mariscales Ney y Soult al alcance de Naumburgo y de Jena, pronto á marchar sobre cualquiera de estos dos puntos según lo requiriesen las circunstancias.

El día 13 por la mañana tuvo avisos más circunstanciados de que el enemigo se acercaba definitivamente al Saale, con la resolución todavía incierta de empeñar en sus orillas una batalla decisiva, ó bien de atravesarlo para tomar el Elba. Sus más fuertes destacamentos aparecían en la dirección de Weimar á Jena, y sin perder un instante montó Napoleón á caballo para trasladarse á este último punto. Dejó sus instrucciones verbales á los mariscales Soult y Ney, encargándoles que aquel mismo día por la tarde, ó á más tardar por la noche, se hallasen en Jena. Mandó á Murat traer su caballería hacia el mismo punto, y al mariscal Bernadotte que tomase en Dornburgo una posición intermedia entre Jena y Naumburgo; por último, antes de partir despachó varios oficiales para detener todas las tropas que se

encaminasen hacia Gera haciéndolas refluir sobre Jena.

La víspera por la noche, entrando el mariscal Davout en Naumburgo, ocupó el puente del Saale y se apoderó de considerables almacenes con un tren de puente completo. Reunióse con él el mariscal Bernadotte, y Murat, enviando su caballería ligera hasta Lipsia, ocupó las puertas de esta gran ciudad comercial. Lannes se había dirigido sobre la pequeña ciudad universitaria de Jena, situada en las mismas orillas del Saale, y había repelido hacia ella desordenadamente á las tropas enemigas que ocupaban la parte de acá del río juntamente con los bagajes que interceptaban el camino. Después de apoderarse de Jena había enviado sus avanzadas á las alturas que la dominan, desde las cuales había visto al ejército del príncipe de Hohenlohe acamparse entre Jena y Weimar después de repasar el Saale, lo cual le hizo creer que se disponía en aquel punto una gran reunión de fuerzas. En efecto, el ejército prusiano se había reunido allí y se disponía á tomar sus últimas determinaciones. El príncipe de Hohenlohe se había decidido por fin á obedecer las órdenes del duque de Brunswick y á repasar el Saale para reunirse con el grande ejército prusiano. Si hubiera obedecido antes, al ocupar aquella posición lo hubiera hecho con mejor orden y sin perder sus bagajes: sus tropas estaban allí aglomeradas confusamente, careciendo de víveres, sin saber cómo proporcionárselos, y requiriéndolos en vano del ejército principal que sólo tenía lo estrictamente necesario para su sustento. Los sajones, cuya conducta había sido honrosa, pero que por lo azaroso de los acontecimientos habían tenido que figurar en los dos primeros encuentros, viendo su país entregado sin defensa á los franceses, se quejaban amargamente de ser tratados como de peor condición que los demás, de estar mal mantenidos, y de que se les obligara á hacer una guerra que se anunciaba de la manera más siniestra. Hizose cuanto se pudo por contentarlos, y se decidió que en lo sucesivo ocupasen la segunda línea detrás de los prusianos.

Pero á pesar de este malhadado comienzo, la selva de Turingia les servía de amparo y tenían el Saale para detener á los franceses si intentaban atravesarlo, ó para bajar sin peligro hacia el Elba si aquéllos se apresuraban á tomarlo. Ya que se había puesto tanto empeño en tomar esa posición, parecía natural perseverar en el pensamiento que se había formado y aprovechar las ventajas que ofrecía. En efecto, el Saale, aunque accesible para atravesarse á vado, corre por un cauce que presenta una especie de garganta continua. Su orilla izquierda, donde estaban acampados los prusianos, está protegida por rocas escarpadas cuyo pie baña la corriente y cuya altura coronan prolongados bosques. A cierta distancia se extienden varios llanos ondulados muy capaces para dar cabida á un ejército. Bajando de Jena hasta Naumburgo los obstáculos para el paso son mucho mayores que entre todo el resto de su curso. Además de Jena y Naumburgo sólo había tres salidas por donde se pudiera penetrar, que eran la de Lobstedt, la de Dornburgo y la de Camburgo, distantes entre sí dos leguas y de muy fácil defensa. Toda vez que se había resuelto, en vez de situarse detrás del Elba, marchar al encuentro de los franceses y pelear en masa, no había sitio más ventajoso que la orilla izquierda del

Saale para empeñar una acción general. Faltaban en verdad los diez mil hombres de la vanguardia del duque de Weimar que habían ido á hacer reconocimientos al otro lado de la selva de Turingia; cinco ó seis mil se habían perdido entre muertos, prisioneros y prófugos en las acciones de Schleitz y de Saafeld; pero aun le quedaban cincuenta mil hombres al príncipe de Hohenlohe, sesenta y seis mil al duque de Brunswick, y diez y siete ó diez y ocho mil al general Rúchel, es decir, ciento treinta y cuatro mil hombres entre todos; ejército muy formidable en una posición como la del Saale desde Jena hasta Naumburgo. Situando gruesos destacamentos en los principales pasos, y la masa del ejército algo detrás en una posición central para poder acudir al punto atacado, se podía presentar al ejército francés una batalla peligrosa, y si no arrancarle la victoria, al menos disputársela de tal manera que la retirada fuese fácil y quedase dudosa la suerte de la guerra.

Pero el desorden de los ánimos no hacía más que aumentarse en el estado mayor prusiano; el mismo duque de Brunswick, que hasta entonces había mostrado el suficiente seso, y que parecía haber apreciado las ventajas de la posición ocupada en las varias contingencias posibles, ahora que se realizaba una de ellas, y la que debió ser más prevista, parecía haber perdido enteramente el juicio y quería levantar el campo á toda prisa. El movimiento del general Davout sobre Naumburgo había sido para él un rayo de luz; de la aparición de este mariscal por aquel lado, había sacado por consecuencia que Napoleón quería, no precisamente empeñar batalla, sino precipitar su marcha hacia el Elba, interceptar á los prusianos la vuelta de la Sajonia y aun la de la Prusia, del mismo modo que había cortado al general Mack el camino de Baviera y el de Austria. El temor de verse envuelto como lo había sido aquel general, y reducido como él á rendir las armas, turbaba la mente, por lo común despejada, de aquel desgraciado anciano. Quería, pues, á toda costa emprender su marcha para ocupar el Elba. Tanto se habían burlado los prusianos y con tan poca piedad y justicia del malhadado Mack, que la sola idea de verse en su misma posición les hacía perder el seso, y para evitarlo se exponían á caer en otras no menos desairadas. Pero la situación actual no tenía punto alguno de semejanza con la del general austriaco. Posible era en verdad que el duque de Brunswick fuese sobrecogido y separado de la Sajonia por algún movimiento rápido de Napoleón sobre el Elba, y posible era también que los franceses se le anticiparan en la vuelta á Berlín; pero era de todo punto imposible que se viera envuelto y precisado á capitular. Ya perdiese una batalla en el Saale, ya le esperase el enemigo sobre el Elba, siempre tenía una retirada segura hacia Magdeburgo y el Elba inferior, y aunque estuviera expuesto á llegar allí en mal estado, nunca podía ser sorprendido en las vastas llanuras del Norte como los austriacos en el acuchilladero del valle del Danubio. Por otra parte mientras el ejército del general Mack tenía setenta mil hombres á lo sumo, el del duque de Brunswick reunía ciento cuarenta y cuatro mil junto con el del duque de Weimar, y un ejército semejante no se envuelve con facilidad hasta el punto de obligarle á entregar las armas. Y sobre todo, ya que tanto deso se había tenido de combatir, ya que tanto

se había anhelado encontrar á los franceses, y aun atravesar los montes para irlos á buscar á la Franconia, ¿por qué cuando por fin se daba con ellos en un terreno ventajoso para el provocador, é intratable para el enemigo, no establecerse en él en masa para precipitarlo al cauce profundo y peñascoso del Saale, cuando intentara trepar á sus alturas? Porque la serenidad y el coraje se habían desvanecido así que había asomado el enemigo, á quien se desafiaba de lejos; así que, la calidad del ejército prusiano se había mostrado en Schleitz y en Saalfeld tan poco superior á la de los ejércitos austriaco y ruso.

El duque de Brunswick, impaciente por huir del hado funesto del general Mack, tomó el partido de levantar inmediatamente el campo y dirigirse al Elba á marchas forzadas protegido por el Saale, lo cual hacía indispensable que abandonase á los franceses á Lipsia, á Dresde y la Sajonia entera. El príncipe de Hohenlohe, después de su tardía decisión de repasar el Saale, se había acampado en las alturas de Jena, y el duque de Brunswick le mandó permanecer allí cerrando aquel desem-bocadero, mientras el ejército principal, desfilando por la espalda del ejército de Silesia, fuese á ocupar el Saale por Naumburgo y bajase por él hasta el Elba.

Mandó al general Rúchel que se detuviese en Weimar el tiempo necesario para reunirse con la vanguardia empeñada en un reconocimiento inútil á la parte de allá de la selva de Turingia, y él por su parte, llevándose las cinco divisiones del ejército principal, resolvió levantar el campo el 13, seguir la carretera de Weimar á Lipsia hasta el puente de Naumburgo; dejar en este puente tres divisiones de custodia, mientras con las dos restantes fuese á examinar el paso del Unstrut, uno de los confluente del Saale, replegando, vencido este obstáculo, las tres divisiones apostadas en Naumburgo; atraerse al príncipe de Hohenlohe y al general Rúchel que habían quedado rezagados, y continuar de este modo por las orillas del Saale hasta la confluencia de este río con el Elba en los contornos de Magdeburgo.

Tal fué el plan de retirada que adoptó el duque de Brunswick; y por cierto no valía la pena abandonar la línea defensiva del Elba, del cual hubiera convenido no separarse jamás, para volver á ella tan pronto y con tan grandes peligros.

Por lo tanto el ejército principal recibió la orden de emprender su movimiento el mismo día 13 de octubre. Al príncipe de Hohenlohe se le mandó ocupar las alturas de Jena y cerrar su paso, mientras las cinco divisiones del duque de Brunswick, dejando á Weimar, fuesen á hacer noche á Naumburgo. Estas cinco divisiones debían seguirse á una legua de distancia entre sí, haciendo seis leguas en todo el día. No marchaban así los franceses cuando se proponían algún objeto de consideración. Así que Weimar quedase evacuada, debía el general Rúchel pasar á ocuparla. Todas estas disposiciones se fijaron y comunicaron á los encargados de ejecutarlas, y el ejército del duque de Brunswick emprendió su marcha, yendo á su frente el rey, los príncipes y la misma reina, con un número de bagajes suficientes por sí solo para imposibilitar toda maniobra. Oyéndose ya tan de cerca el cañoneo, no era posible permitir que la reina continuase en el cuartel general, donde su presencia, después de haber sido una verdadera falta

de decoro, era un peligro continuo para ella y un motivo de alarma para el rey. Para decidirla á retirarse fué menester una orden formal de su marido; por fin se alejó del campamento anegada en lágrimas, no pudiendo ya dudar á vista de los combates de Schleitz y de Saafeld, de la funesta política en que desgraciadamente había hecho ella el papel de instigadora.

Mientras el duque de Brunswick iba la vuelta de Naumburgo, el príncipe de Hohenlohe, ocupando las alturas de Jena con cincuenta mil hombres, y teniendo de retaguardia al general Rúchel con diez y ocho mil, trató de restablecer un tanto el orden en sus tropas, de enviar carros en diversas direcciones á recoger víveres, y principalmente de proporcionar algún alivio á los sajones, cuyo descontento subía de punto. Participando de la opinión del duque de Brunswick de que los franceses se dirigían hacia Lipsia y Dresde con la intención de llegar los primeros al Elba, no atendía apenas á la ciudad de Jena ni hacía caso alguno de las alturas situadas á su espalda.

Hemos visto que en aquella misma tarde del 13 de octubre se había trasladado Napoleón velozmente de Gera á Jena, haciendo que le siguiesen todas sus fuerzas. En efecto, llegó allí en persona hacia el mediodía. Esperábase ya con impaciencia el general Lannes que le había precedido, y sin perder un instante montaron ambos á caballo para ir á reconocer el campo. Conviene advertir que el valle del Saale empieza á ensanchar en la misma Jena; la orilla derecha, por la cual íbamos caminando, es baja, húmeda y toda cubierta de praderas; la izquierda por el contrario, que ocupaban los prusianos, presenta alturas escarpadas que dominan á pico la ciudad de Jena, y cuya subida ocupan estrechos y tortuosos barrancos cubiertos de vegetación. A la izquierda de Jena hay una gran garganta más accesible y menos áspera, llamada el Muhlthal, que con el tiempo ha venido á ser el paso por donde se ha construído la carretera de Jena á Weimar. Este camino baja primeramente por medio del Muhlthal, se eleva después en forma de caracol y se extiende por las mesas que hay á la espalda. Para forzar este paso, más abierto en verdad, pero defendido por una gran parte del ejército prusiano, hubiera sido menester un asalto de mucho empuje; no era pues por aquel lado por donde había de intentarse la subida á las mesas para dar batalla á los prusianos.

Pero acababa de presentarse otro recurso, porque habiéndose empeñado los valientes fusileros de Lannes en los barrancos que hay á la salida de Jena, lograron trepar hasta la mayor altura, y desde allí descubrieron de repente al ejército prusiano acampado en las mesas de la orilla izquierda. Seguidos en breve por unos cuantos destacamentos de la división de Suchet, lograron abrirse paso repeliendo las avanzadas del general Tauenzien; de modo que, merced al arrojado de nuestros soldados, quedaban por nosotros las alturas que flanquean la orilla izquierda del Saale, pero desgraciadamente por un camino poco accesible á la artillería. Allí condujo Lannes á Napoleón por entre las descargas de los fusileros que hacían los reconocimientos en sumo grado peligrosos.

La principal de las alturas que dominan la ciudad de Jena lleva el nombre de Landgrafenberg, y desde los

memorables acontecimientos de que ha sido teatro, la han dado sus habitantes el de Napoleónsberg. Es la más elevada de toda la comarca, y contemplando desde allí Napoleón y Lannes el campo circunvecino, vuelta la espalda á la ciudad de Jena, veían á su derecha correr el Saale por una garganta tortuosa, profunda, y cubierta de bosques hasta Naumburgo, que dista seis ó siete leguas de Jena. Veían de frente mesas onduladas extendiéndose á gran distancia y tomando una inclinación casi insensible hacia el pequeño valle de Ilma, en cuya hondonada se eleva la ciudad de Weimar. Por su izquierda divisaban el camino real de Jena á Weimar, que sube por una serie de rampas desde la garganta de Muhlthal á las referidas mesas, y se prolonga en línea recta hacia Weimar. Estas rampas forman en cierto modo, como dejamos dicho, la figura de un caracol, á lo cual deben el nombre alemán de *Schnecke* con que se las distingue. En este mismo camino de Jena á Weimar estaba escalonado el ejército prusiano del príncipe de Hohenlohe, sin que pudiera distinguirse su número. Por lo tocante al cuerpo del general Rúchel, apostado en Weimar, no permitía la distancia descubrirlo; lo mismo sucedía con el grande ejército del duque de Brunswick, que marchando de Weimar sobre Naumburgo se había ocultado en las hondonadas del valle de Ilma.

Viendo Napoleón aquella masa de tropas, cuya fuerza no era posible calcular, supuso que el ejército prusiano había elegido aquel terreno para campo de batalla, y tomó inmediatamente sus disposiciones para desembocar con su ejército sobre el Landgrafenberg antes que el enemigo acudiese en masa para arrojarle á los precipicios del Saale. Convenía darse prisa y aprovecharse del terreno ganado por nuestros fusileros para establecerse en las alturas. Sólo era nuestra en verdad la cumbre, porque á muy pocos pasos de distancia se hallaba el cuerpo del general Tauenzien, separado de nuestras tropas por una leve ondulación del terreno. Apoyábase este cuerpo en dos pueblos, el uno llamado Closewitz á nuestra derecha, rodeado por un pequeño bosque, y el otro llamado Cospoda á nuestra izquierda, metido también en un bosque de corta extensión. Quería Napoleón dejar á los prusianos quietos en aquella posición hasta el día siguiente, y entretanto llevar parte de su ejército al Landgrafenberg. El espacio que ocupaba podía dar cabida al cuerpo de Lannes y á la guardia, y dispuso fuesen inmediatamente conducidos por los escarpados barrancos por donde se sube desde Jena á aquel punto. Situó á la izquierda la división de Gazán, á la derecha la división de Suchet, y en medio, un tanto rezagada, la guardia de infantería. Hizo acamparse ésta en un cuadro de cuatro mil hombres, en cuyo centro estableció su vivac. Entonces fué cuando los habitantes del país empezaron á dar á aquella altura el nombre de Napoleónsberg, señalando con un montón de piedras sin labrar el puesto donde aquel personaje, popular hasta en los mismos sitios donde descargó sus iras, pasó memorable noche.

Pero no bastaba llevar la infantería al Landgrafenberg; había que transportar allí la artillería. Recorriendo á caballo todo aquel campo, descubrió Napoleón un paso menos escarpado que los otros por donde podía llegar la artillería tirada con gran trabajo. Desgra-

ciadamente era la senda demasiado estrecha, pero Napoleón envió al punto el destacamento de ingenieros á ensancharla cortando la peña viva. Él mismo en su impaciencia dirigía los trabajos con un hachón en la mano, y sólo se retiró ya muy entrada la noche después de ver rodar las primeras piezas. Para cada cañón con su caja se necesitaban doce caballos. Proponíase Napoleón atacar al general Tauenzien al rayar el día, y conquistar, repeliéndole impetuosamente, el espacio necesario para desplegar su ejército. Temiendo no obstante desembocar por una salida solamente, y proponiéndose además dividir la atención del enemigo, mandó á Augereau ocupar por la izquierda la garganta del Muhlthal y llevar por el camino de Weimar una de sus divisiones, apoderándose con la otra del recuesto del Landgrafenberg para caer por la espalda sobre la hueste de Tauenzien. Por la derecha mandó al mariscal Soult, cuyo cuerpo procedente de Gera debía llegar durante la noche, que trepase por los otros barrancos que desde Lobstedt y Dornburgo desembocan hacia Closewitz, para caer también por las espaldas sobre el general Tauenzien. Con esta diversión doble por izquierda y derecha no dudaba Napoleón forzar la posición de los prusianos y ganar el terreno que necesitaba su ejército para desplegarse. El mariscal Ney y Murat debían subir al Landgrafenberg por el mismo camino que Lannes y la guardia habían llevado.

Pasó el día 13, y una obscuridad profunda cubría el campo de batalla. Situó Napoleón su tienda en el centro del cuadro formado por su guardia, y no permitió encender sino unas cuantas hogueras. El ejército prusiano, por el contrario, dejó ver todos sus fuegos; distinguíanse claramente los del príncipe de Hohenlohe en toda la extensión de las mesas, y hacia lo último del horizonte, á la derecha, en las alturas de Naumburgo coronadas por el antiguo castillo de Eckartsberge, los del ejército del duque de Brunswick que de repente se hizo visible á Napoleón. Juzgó éste que lejos de retirarse acudían todas las fuerzas prusianas á tomar parte en la batalla, y despachó inmediatamente nuevas órdenes á los mariscales Davout y Bernadotte: mandó al primero que defendiese con energía el puente de Naumburgo, y aun si fuera posible lo atravesase para caer sobre los prusianos por la espalda mientras se les batiese de frente; y mandó al general Bernadotte, situado en el punto intermedio, que favoreciese el movimiento proyectado, ya reuniéndose con el mariscal Davout caso de hallarse cerca, ya cayendo directamente sobre el flanco de los prusianos, en caso de haber tomado ya en Dornburgo una posición más cercana á Jena. También mandó á Murat que acudiese lo más pronto posible con su caballería.

Mientras tomaba Napoleón estas disposiciones, el príncipe de Hohenlohe estaba en una ignorancia completa de la suerte que le esperaba. Empeñado en creer que el grueso del ejército francés se dirigía á marchas forzadas hacia Lipsia y Dresde en vez de detenerse en las cercanías de Jena, suponía que sólo tendría que habérselas á lo sumo con los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, los cuales habiendo pasado el Saale después del combate de Saalfeld, debían según él asomar por entre Jena y Weimar como si bajasen de las alturas de la selva de Turingia. Con esta idea,

confiando no tener que batirse en los contornos de Jena, sólo había acampado en aquel punto al cuerpo del general Tauenzien y formado su ejército en la longitud del camino de Jena á Weimar. Su izquierda, compuesta de sajones, defendía la cumbre del *Schnecke*, su derecha se extendía hasta Weimar y se unía con el cuerpo del general Rúchel. Habiendo entretanto difundido una especie de conmoción el tiroteo que se percibía en el Landgrafenberg y pedido auxilio el general Tauenzien, el príncipe de Hohenlohe mandó tomar las armas á la brigada sajona de Cerrini, á la brigada prusiana de Sanitz y á varios escuadrones de caballería, y encaminó estas fuerzas hacia el Landgrafenberg para desalojar á los franceses, á quienes apenas creía acampados en este punto. Al ir á ejecutar esta resolución, el coronel Massembach le comunicó de parte del duque de Brunswick que no empeñase ninguna acción formal y se limitase á defender eficazmente los pasos del Saale, y con especialidad el de Dornburgo que inspiraba ciertos recelos por haber divisado en él algunas tropas ligeras. El príncipe de Hohenlohe, que se mostró el más sumiso de los lugartenientes cuando precisamente hubiera convenido que se mostrase díscolo, se detuvo de repente acatando las prescripciones del cuartel general; singular era no obstante abandonar, por obedecer al mandato de no empeñar batalla, el desembocadero por donde al día siguiente había que admitir una acción desastrosa. Pero cualquiera que hubiese sido el evento renunciando ocupar el Landgrafenberg, se contentó con enviar al general Tauenzien la brigada sajona de Cerrini, y con colocar en Nerkwitz, frente por frente á Dornburgo, bajo las órdenes del general Holzendorf, la brigada prusiana de Sanitz, los fusileros de Pelet, un batallón de Schimmelpfennig y por último diversos destacamentos de caballería y artillería. Envío unos cuantos jinetes de ligeros al mismo Dornburgo á saber lo que por allí pasaba. El príncipe de Hohenlohe se redujo á observar estas disposiciones; volvió á su cuartel general de Capellendorf cerca de Weimar, lisonjeándose de que tenía cincuenta mil hombres, y aun setenta mil, contando con el cuerpo de Rúchel, defendido hacia Dornburgo por el general Holzendorf y hacia Jena por el general Tauenzien, y dando el frente hacia la calzada de Jena á Weimar, para castigar la audacia de los dos mariscales Lannes y Augereau, si osaban acometer con los treinta ó cuarenta mil franceses de que podían disponer, y para restaurar el honor de las armas prusianas gravemente mancillado en Schleitz y Saalfeld.

Alerta ya Napoleón antes de rayar el día, daba sus postreras instrucciones á sus lugartenientes y hacía tomar las armas á sus soldados. La noche era fría, y cubría el campo á lo lejos una espesa niebla, como la que cubrió durante algunas horas el campo de batalla de Austerlitz. Escoltado por unos pocos hombres que llevaban hachones de viento, recorrió Napoleón el frente de las tropas, habló á los oficiales y á los soldados, les explicó la posición de los dos ejércitos y les demostró que los prusianos se hallaban tan comprometidos como los austriacos el año anterior, y que, vencidos en esta jornada quedarían sin comunicación con el Elba y el Óder, separados de los rusos, y reducidos á entregar á los franceses la monarquía prusiana entera; y que en semejante situación cualquier batallón francés que se